

147  
A Dn. Fermín Carreño.

Caro Fermín:

Sumido en la dichosa beatitud de tu aislamiento, dejaste pasar, sin duda, ayer, el día de las elecciones, como quien, hasta de la rutinaria estupidez del carnaval, se abstiene de concurrir a la farándula. Porque, después de hojear el sábado las listas y programas, al ver la vulgaridad vacía y tonta que se ocultaba tras la demagogía de los disfraces charros, pensaste, con razón, que harías mejor en ahorrarte el viaje y quedarte allí, lejos del "mundanal ruido" y las humanas querellas, en el ambiente edénico de ese fresco campo. Pues ~~me~~ creías ingenuamente, como yo hasta no hace mucho, que sólo podían aspirar a cargos concejiles ciudadanos verdaderamente representativos de los intereses locales, conocedores de los problemas del pueblo, dotados de esa clase de ~~firmes~~ ~~firmes~~ sensibles y fuertes que saben captar y realizar las aspiraciones comunes; preparados y rectos, capaces y emprendedores; buenos soldados, no de su propia ambición o su vanidad, sino del bienestar colectivo. Y en la apacible tarde del sábado descendiste bruscamente de esa "Civitas Solis" en que te encontrabas a esta nuestra realidad, la chilena, la presente. vvvvvvvvvvvvv

Es que, mi buen Fermín, en ~~me~~ el justo deseo de que dirijan los mejores nos hemos quedado atrás de nuestro tiempo, pues si viéramos en el año de gracia de 1938 y no en el siglo pasado sabríamos que hoy no existe insignificante pelagato que no se estime sinceramente de los mejores... Unos porque son viejos, otros porque son jóvenes; ~~ah~~ aquellos porque son ricos, éstos porque meten bulla; Fulano porque tiene un apellido con etiqueta de vino embotellado, sutano porque es Verdejo; Melano porque sí, uno más porque... el porque no importa... Y no son elegidos los ~~mejores~~ mejores, pues en tal caso todos lo serían, sino los que gastan más, los que palmotean más, los que hacen "amigos" frente a una copa, los que gritan ~~más~~ más... Y también los pretenciosos pedantes y suficientes, los que carecen de una línea definida, los ambiciosos capaces de hacer una traición.

Sabes tú, Fermín, lo que es un período electoral. He visto cosas que me han divertido en los últimos días: sonrisas amables de los candidatos; discursos altisonantes pero huecos; conversaciones ~~me~~ sabrosas a cada momento; indignación violenta de quien se cree víctima de una mala jugada; camiones cargados de electores que corren, rápidos, dirigidos por diestra mano de regidor frustrado (o abortado) hacia una secretaría; gran despliegue de bocinas; propaganda, y sobre todo, abundancia, mucha abundancia... El Domingo pasado, frente a cierta casa de familia respetable, me cupo sorprender, sin quererlo, un cuadro que al gún periodista disolvente, pagado con el oro de Moscú, podría haber plotado con fines inconfesables: Una gran ~~matrona~~ matrona, con todo el sigilo de la perfecta virtud cristiana, practicaba la caridad entre un grupo de empleaditas necesitadas y obreros menesterosos que comprobaban haber votado por determinado candidato... ¡Con qué recato! ¡Diríase que aquella buena señora no quería que supiera su izquierda lo que hacía a derecha!

A no dudarlo, la nota alta de la farsa estuvo a cargo del elemento femenino. Cada mujer fué una verdadera artista. ¡Cuán poseídas del significado exacto de su papel se revelaron! ¡Qué interpretación más sentida, natural, espontánea fué la suya! ¡Cuanto ardor en sus peroraciones! ¡Cuánta energía en todas sus actitudes!... Alguna vez te presenté a ~~la~~ Carmencita Montenegro, y recuerdo que quedaste encantado de su candorosa ingenuidad, la ternura de su mirada, la inocencia deliciosa a que sabían sus palabras, el tímido rubor de sus mejillas

nacaradas, su cuerpecito virginal. Te pareció ver en ella el ideal de belleza femenina; la armoniosa conjunción de los acordes más sublimes de un alma buena/// con la hermosura del paisaje de un cuerpo hermoso, al ritmo suave y delicado de una vida sencilla. Te imaginaste que sería una esposa dulce y una santa madre en un hogar feliz. Fué tanto tu entusiasmo, que no pude dejar de embromarte... ¡La hubieras visto ayer, transformada en una perfecta presidenta de mesa electoral! Su rostro era ardiente brasa que irradiaba el calor de su ideal. El sudor brotaba en su frente y el rouge se había escurrido sobre sus labios, formando un manchón deforme que parecía trazado por el pincel audaz de un pintor modernista. Su voz enronquecía y se agudizaba, volviéndose serena o angustiosa, a través de los menudos incidentes de esta atmósfera caldeada. Un joven, que en otro día cualquiera habría deseado de mil amores ser el feliz objeto de sus dulces enojos sentimentales y sus simpáticos mohines de desprecio, hubo de soportar allí, en público, el azote implacable de sus iras políticas, convulsamente desencadenadas. Quizá tu la habrías justificado...; el muy descortés la sorprendió en una pequeña incorrección electoral y en vez de taparse el ojo o hacerse el tuerto, se opuso...; a ella, siempre galanteada, siempre consentida, ante cuya hermosura todos los hombres enloquecían! ¿No era el colmo?... Sus ojos lanzaban mortíferos rayos, y no era en ellos el néctar del amor el que mataba, sino el veneno de la pasión política.

Temeroso, creyendo ver en su persona un síntoma del trastorno del mundo, que pretende andar cabeza abajo y pies arriba, ~~XXXXXX~~ corrí a encerrarme a la quietud de mi casa, y aun hoy el recuerdo de mi imagen perturba la tranquilidad de mi espíritu.

¡Feliz tú, que en envidiable soledad, puedes vivir a tus anchas, sin importarte el mundo ni su modo de andar!

Tu amigo afmo.

Y.O.

Marzo de 1938.-

"Adelante"